

Cien años de *Tempestades de acero*¹

Carlo Galli

Universidad de Bolonia

Traducción de David Soto Carrasco

En 1920 –hace justo un siglo– Ernst Jünger publicó su primera obra de modo privado: *Tempestades de acero*. Ha sido uno de los libros más leídos del siglo XX y ha proporcionado notoriedad legendaria a su autor. Es el libro más radical sobre la Gran Guerra, la obra que ha afrontado con mayor profundidad el hecho que cambió para siempre Europa y a los europeos, y que ha dado sentido a la experiencia de muchas generaciones.

Aunque Jünger más tarde la haya revisado y aumentado, la obra deriva de los cuadernos que compiló en el campo de batalla desde 1914 a 1918. Una guerra que vivió desde la trinchera, en el frente occidental, donde fue regularmente herido y también condecorado, finalizando su servicio como comandante de las fuerzas de choque. Murió en 1998, a los 103 años de edad, con una fama mundialmente reconocida –aunque la izquierda lo acusó de trasladar a una esfera mitológica problemas que tienen un origen social y económico preciso– después de una vida dedicada a descifrar el mundo humano y el natural (caras de una única Sustancia, según Goethe), con precisión entomológica –tenía pasión por los insectos y descubrió algunas especies que llevan su nombre.

Su coraje fue también moral. Se negó a colaborar con los nazis, no aceptó los cargos públicos que le ofreció Goebbels y, como oficial de la Wehrmacht en París participó tímidamente en la conspiración contra Hitler del 20 de julio de

¹ Artículo publicado originalmente en el “Corriere della Sera – La Lettura”, 26 de enero de 2020.

1944. Ciertamente, en la década de los años veinte, como exponente de la “Revolución conservadora”, movido por un espíritu antiliberal y antiburgués, fue un nacionalista hostil a la República de Weimar. Sin embargo, durante el nazismo, como pone de relieve su obra *Sobre los acantilados de mármol* (1939) y tras las Segunda Guerra Mundial se liberaría del nacionalismo mediante una evolución en un sentido teórico. Su gran producción ensayista deja ver su capacidad para identificar nítidas imágenes en las formas traslucidas del desorden del devenir, que alcanza la más altas cimas de perfección y elegancia estilística. Un gran hombre de letras en la gran estela de Nietzsche.

Pero todo comienza con *Tempestades de Acero*. La guerra fue concebida como un “rito de paso” (tal y como la definió Eric Leed) a través del cual Jünger iniciaba su aventura como descifrador de la experiencia. Es allí donde desarrolla la idea de que la subjetividad se convierte en objetividad, que el humanismo, la libertad y la cultura tienen dentro de sí un núcleo de violencia, de nihilismo y de inhumanidad que la guerra hace emerger con una claridad aterradora. Si Paul Valéry escribió que la Gran Guerra había mostrado que las civilizaciones eran mortales, Jünger dio un paso más allá. Experimentó que las civilizaciones modernas pueden transformar el reino del hombre en barbarie; que la paz burguesa del poder liberal y democrático está atravesada de violencia militar; que la producción y el conflicto sangriento se compenetran y que incluso el heroísmo individual es inútil en una guerra mecánica semejante al trabajo. Trabajo y guerra son las expresiones de una misma Sustancia que ha adquirido la forma no-humana de la técnica, que ha dejado de ser un instrumento de los hombres para convertirse en su señora, una nueva naturaleza.

Tempestades de acero no transmite furia, odio o exaltación. De hecho, una de las principales características de la obra de Jünger es que en ella coexisten –unidas por el lenguaje y el estilo– oposiciones, antítesis y polaridades. Es un libro monótono. En él no sucede nada nuevo (un punto de coincidencia con la obra pacifista de Remarque, que por lo demás es muy distante de la de Jünger) porque todo ya ha sucedido, porque el hombre ya ha sido superado. Ha sido dejado atrás. Pero, a pesar de ello, es una obra que fascina y cautiva por la novedad de la experiencia de la que hace partícipe al lector. Una mezcla sin precedentes de asombro y de frialdad, de desorientación y de acatamiento mecánico del deber, de respeto por enemigo (que con posterioridad Francia asumiría en su propio panteón literario) y de disposición para matar al francotirador; de enajenación y de introspección. Mientras combatía como soldado, entre un ataque y otro, Jünger leía *Tristram Shandy* de Sterne y el *Orlando Furioso*. La trinchera era su hogar. La muerte fue su experiencia de vida. La violencia le fue revelada como la

forma cotidiana de existencia. Narró y vivió el horror de la sangre, de los miembros despiezados por las bombas, de los atroces sufrimientos, con una frialdad cómplice y fraterna objetividad. Todo es descrito, sin énfasis, ni lamentos, sin patetismos ni esteticismos, con absoluto rigor glacial. En las “batallas de materiales” de la Gran Guerra, en la guerra total en la que toda la sociedad y toda materia biológica de los pueblos trabaja para sangrar al enemigo, Jünger comprende que la paz nunca volverá.

La cuestión no es que Jünger sea un bárbaro. Al contrario, es precisamente su sensibilidad –el dolor, al que dedicó un ensayo de vibrante intensidad, como vía para el conocimiento de sí – la que le permite ver y actuar. Es su sensibilidad la que suprime ilusiones y debilidades, y, paradójicamente, lo anestesia y le proporciona una visión desencantada del mundo: personalmente envuelto en *La batalla como experiencia interior* (el título de otra de sus obras) y, al mismo tiempo, lúcidamente distanciado. Incluso cuando dice yo, lo hace de manera impersonal. Su mirada ofrece un diagnóstico. No es casualidad que se haya definido a sí mismo como un “sismógrafo”: un dispositivo que registra los movimientos telúricos de aquella materia en la que convergen hombre, técnica y naturaleza. Este es el sentido del “realismo heroico”, la figura de *Tempestades de acero*.

La guerra es para él una aventura –*El corazón aventurero* es uno de sus libros más importantes–, que lo conduce, en un texto memorable, *Junto al muro del tiempo* (1959), a lo que denominará como la “línea del nihilismo”, el “meridiano cero”, del cual no hay retorno. Y Jünger jamás retrocede: quería experimentar todo (incluso la fuerza fantástica del LSD) porque la disciplina a la que fue sometido, a través de la guerra como proceso iniciático, lo hizo capaz de enfrentar cada nuevo reto existencial. La guerra destruyó las ilusiones de lo que Stefan Zweig denominó el “mundo de ayer”, pero no su confianza en sí mismo.

Jünger se mueve por un optimismo paradójico: cree que se puede reconocer el destino prefigurado, el impersonal dominio técnico del mundo y que se puede resistir: no retirándose de él, no retrocediendo en la nostalgia de una *Kultur* idealizada, sino avanzando armado –e internamente fortalecido– en el desierto del mundo. Igual que el carbón sometido a presiones extremas se convierte en diamante, el sujeto bajo la fuerza de las potencias desatadas experimenta una serie de metamorfosis –en la que se expresa la Sustancia del mundo. La primera: la metamorfosis del hombre en material, del sujeto en un engranaje de una máquina de muerte, en un autómatas. Es el que da vida a la máquina: su despiadada autonomía. Una metamorfosis que encuentra su figura en el “tipo”

del Trabajador: así es como Jünger tituló su libro más famoso, *Der Arbeiter* (1932), que presenta al Titán, el Soldado del Trabajo (como lo definió el joven Cantimori) plenamente adaptado al requerimiento de la técnica: la “movilización total” (un ensayo de importancia crucial) de la sociedad, que se ha convertido en una inmensa fábrica para la guerra, para el ciclo de producción y destrucción, de trabajo y muerte. De las tempestades de acero, emerge el Trabajador de acero. Una figura en la que se articulan nihilismo y poder, más digna de *Metrópolis* que de *Tiempos modernos*.

A partir de la II Guerra Mundial Jünger interpretó el nihilismo técnico-militar como una fase de la metamorfosis de la Sustancia; una fase que puede agotarse y ser superada en otra figura: el Anarca, afin al Rebelde, que ha completado “el pasaje del bosque” y se ha liberado de la sociedad, de la política y del Leviatán. No manda y no obedece. Es extraño al poder, invulnerable (tal y como las heridas de guerra han convertido a Jünger). Es una figura aristocrática de superior resolución existencial que el Trabajador que era una figura social y militar.

Será a partir de esta nueva figura post-nihilista de la Sustancia y del sujeto, que contempla la belleza y no solo la dominación, en donde se inicie su discrepancia con Heidegger. El filósofo dedicó a Jünger distintos seminarios a principios de los años 40 y, en 1955, publicó una de su más conocidas obras, sobre *La Línea* (más tarde denomina *La cuestión del ser*), como respuesta a una intervención del mismo Jünger titulada *Más allá de la línea* (1950). Heidegger apreció en Jünger al autor más consciente de la centralidad existencial y ontológica de la técnica. No obstante, Jünger que, ciertamente vio más que todos, estaba ciego ante el significado de aquello que veía: porque carecía de instrumentos teóricos para entender el triunfo de la técnica y de la nietzscheana voluntad de poder que imbuje de nihilismo a la metafísica occidental, que no puede ser “superada” o “atravesada”, sino que se deja acabar, como una enfermedad de la que recuperarse.

Todos somos hoy contemporáneos de Jünger. Aunque sea el hijo de una época en la que la técnica era mecánica y no electrónica, y se caracterizaba por lo colosal y no por las nanotecnologías, es imposible no encontrar similitudes entre su experiencia y la nuestra. Si sustituimos al Trabajador de acero por el *cyborg* y el robot con inteligencia artificial, a la batalla de materiales de la guerra total por el control sobre la vida de todos mediante el *big data* (si bien en 1957 Jünger previó un mundo de vigilancia en *Abejas de cristal*), ¿no advertimos en él a un precursor de la convergencia entre el hombre y la técnica, erigida segunda

naturaleza; de una prisión tecnológica universal e impersonal, de una concordancia nihilista entre guerra y paz devenida experiencia cotidiana? Y al mismo tiempo, ¿no sentimos la fuerza que nos trasmite su templado sufrimiento, la firmeza fantástica de su estilo y la potencia de su imaginación?

Carlo Galli es profesor de Historia del Pensamiento Político Contemporáneo en la Universidad de Bolonia, Italia.